



Hugo Iván Marbán Campos Escritor Mexicano nacido en 1979

“La literatura es la mejor arma de los inadaptados. Es con las letras y no de otra manera como aquellos quienes aman, sufren, odian, temen piensan y sienten demasiado, pueden expresarse sin ser señalados por la sociedad”

Los bultos grises se mueven sin sentido

Los bultos grises se mueven sin sentido, corren por todas direcciones cambiando el rumbo en todo momento, los hay de diversas dimensiones y densidades, pero coinciden en su velocidad constante y monotonía.

Dudó en tener miedo, ¿quizá otra pesadilla?, pero las pesadillas no duran tanto tiempo, el terror viene del tedio eterno y no de la amenaza que promete alguna tragedia. Miró sus manos, éstas temblaban, corrió a un cristal cercano y se tranquilizó, su rostro, aunque descuidado por tantos años de calle, aún estaba frente a él. Golpeó sus mejillas y el dolor le arrancó una sonrisa seca e infantil.

-Ahora son cuatro los dientes que te faltan-

Debía tener más de un año sin hacer nada por su aseo, se puso una mano en la axila y luego en la nariz, el temblor de su cuerpo se agudizó, ahora la metió en las nalgas frotándolas desesperado, la peregrinación gris se apartó aún más, no percibió olor alguno nuevamente, su cuerpo se desplomó y el temblor le cubrió el cuerpo entero.

Despertó en aquel cuerpo desnudo, carcomido por el abandono y la pobreza, como solía suceder no sabía cómo había llegado, frente a él había otra caja de cigarrros, una botella de alcohol, un plato con comida que ahora no podía oler ni saborear, nuevas hojas blancas y un par de bolígrafos. La misma nota, “termina lo que has comenzado y podrás marcharte”. Encendió otro cigarro y dio un trago pequeño a la botella de alcohol, le quemó la garganta, pensó que al menos aun podía sentir y fumó con gusto.



-Te extrañé, fue un día difícil en la oficina-

Se abrazaron y comenzaron a desnudarse buscando sus cuerpos con impaciencia, desde el primer día se entregaron a ese placer ciego donde los cuerpos se descubren e inventan con cada tacto, acarició su pecho con la yema de sus dedos deteniéndose media eternidad, en cada lunar, peca o imperfección aparente, deslizó el rostro por su negro cabello, hasta encontrarla de frente y emparejar sus labios, caminó el cuerpo con la punta de la lengua, deteniéndose en aquellos sitios donde el placer se hacía mortal, todo era perfecto, como siempre, pero ya no lo era. Él se detuvo bruscamente y salió corriendo al baño, frente al espejo palpó su rostro, primero suavemente, luego estrujándolo, aumentando la intensidad hasta darse fuertes bofetadas, cada una acompañada de su creciente desesperación. Abrió la llave del agua caliente, esperó unos minutos, casi hervía, de un salto entró a la tina esperando que el dolor hiciera volver la sensación a su cuerpo, ésta no apareció, desesperado permaneció ahí por largo rato. Debido a las quemaduras, fueron esa noche al hospital, los doctores trataron las lesiones, pero no supieron explicar su extraña condición.



Apagó el cigarro, tomó el plato con la comida, había pasado todo un día y su aspecto era muy desagradable, comenzaba a descomponerse, el caldo se convirtió en una tapa grasosa y agria, los diminutos pedazos de carne y vegetales tenían ya un color extraño. Sin usar cuchara llevó el plato a su boca y bebió el nauseabundo líquido, tal vez más tarde estaría enfermo, pero en sus años de abandono estaba acostumbrado a esa triste dieta. Se contentó pensando que para vivir en y de la calle el perder algunos sentidos no era del todo malo, su rostro intentó una sonrisa, así estuvo unos segundos, de la nada irrumpieron los recuerdos de esa vida pasada, esa vida anterior, la serie de decisiones que lo conducían a una muerte lenta y gradual, los temblores aparecieron, reventó el plato en la pared, lo mismo sucedió con los cigarros y la botella de alcohol; su mirada se fijó en las hojas escritas durante la noche, las contempló largamente con desprecio pero no se atrevió a destruirlas.



No es extraño encontrar vecindades en el centro de las ciudades importantes. Salió aun de madrugada, contempló el amanecer, imaginó cantar un gallo y el chirriar de un grillo solitario. Los objetos grises solo producen sonidos del mismo tono, a esos no es necesario escucharlos y menos evocarlos. Las calles aun lucen desnudas y en calma, se preguntaba si aún a estas horas estaba siendo vigilado, ¿debería intentar su misión y comprobarlo?, pero ¿a quién engañaría a la par de los sentidos?, sus agallas también lo abandonaban, por eso pactó aquel extraño acuerdo. Lo mejor sería volver y escribir un poco más.

Sin contacto con el mundo ¿vale la pena estar en éste?, morderse la lengua, un tirón de cabello o un pellizco, volvía su cuerpo a la normalidad; con el tiempo esto ya no era suficiente, pasó a las agujas, quemaduras de cigarro o contacto con temperaturas extremas, siempre cuidando no dejar marcas o que éstas no fueran visibles, tenía miedo de dar explicaciones y que los demás lo juzgaran demente.

Ahora que todo parecía irreversible no se imaginaba sin sentir ese frío en la espalda todas las mañanas, el descanso de quitarse los zapatos después de un día de trabajo, pero lo que más le pesaba era imaginarse sin ella, sin su contacto, sin la fiebre que entre los dos nacía.

No toda su vida había sido huir, antes de su debut como cobarde, antes de comenzar a morir lentamente, tuvo familia, una casa y cierto prestigio como escritor. Había olvidado que llegó primero, la pérdida del sentido del gusto o el comenzar a ver a toda la gente sin rostro, ni colores. El día que sus padres pasaron frente a él, sin rostro como la gran mayoría, fue un impacto brutal, desde ese momento su rostro adquirió cierto gusto por los temblores inoportunos y su mundo, se hizo más lejano y complejo.

Por eso dejó a su mujer e hija abandonadas pues habría sido insoportable ver desaparecer esos rostros tan amados. Eligió el recuerdo, la calle y esa vigilia constante de esperar la muerte. Con el tiempo todo se perdió, ahora no podría reconocer a familiares ni amigos, al menos al salir huyendo, había logrado conservar intactos ese par de rostros tan amados, prendidos a la memoria.

Caminaba tranquilo por las calles, renunciar al mundo puede traer consigo un instructivo de paz bastante útil, además no poder saborear ni oler, lo ponía a salvo de la marea gris con sus juicios y reglas que nos sacuden en todo momento, casi siempre pensaba de esta manera. Mas el cerebro humano es el traidor más grande en la vida y ocasionalmente le jugaba malas pasadas lanzándole algún recuerdo de esos que incendian la calma. Para ser completamente libre y así dormir tranquilo sabía que era forzoso ahuyentar ese par de rostros, tan amorosamente aquilatados, borrar ese cuerpo deseado y añorado, olvidar su tacto, dejar atrás ese último sabor y aroma.

Ella estaba a su lado, sin entender lo que él había hecho, menos aun lo que los doctores no pudieron explicarle, cuando despertó se encontró con su mirada triste, quería golpearlo, morderlo, abrazarlo, gritarle que partes suyas también se estaban quemando en ese momento, no pudo, no debía ser débil, al encontrarse las miradas sus ojos se atragantaron de lágrimas, no hubo palabras.

Uno de los últimos rostros olvidados fue el de ese hombre, al parecer fueron socios o amigos, platicaron mucho tiempo, el hombre sólo lo escuchó sin interrumpir ni cuestionar.

- ¿Terminaste la novela? -

- ¿Cuál novela? -



- ¡No te hagas pendejo! -
- Tiene razón, en mi lucha por olvidar rostros, me he quedado con uno, el peor, ese mí mismo, que nunca he podido olvidar, me persigue y en todo momento me acompaña-
- ¿Qué piensas hacer cuando las fuerzas te falten? Aunque tus personajes salten de puentes, se ahorquen, o al final se peguen un tiro, tú eres demasiado cobarde para terminar con tu vida, claro, si te atreves a llamarla vida-
- ¿Sabes? ayer las vi, la niña debe tener diez años ya y tu mujer se ha puesto más linda-
- ¡Cállate! -
- Sigue pálida y muy delgada, pero creo que ese aspecto enfermizo la hace más hermosa -
- ¡Vete al infierno, cállate ya! -
- Parece que se les está terminando el dinero y no la están pasando bien -

Estos rostros que me he negado a olvidar me siguen atormentando, después de tanto negarlo creo que aún me queda algo de humano, por qué tenía que aparecer alguien con un pedazo vivo de mi pasado.

- ¿Qué es lo que quieres? -
- Termina lo que has comenzado, te propongo algo, te ofrezco una casa, comida y ...-
- ¡No quiero nada! -
- Necesito que estés vivo y tengas lo indispensable para seguir escribiendo, al menos hasta terminar lo que has comenzado. El último libro fue un fracaso, pero luego de tu extraña desaparición... ¿sigues con la historia del hombre que perdió el tacto? -
- Ya no escribo -
- Bien sabes que no podrías vivir sin escribir. Este es el trato, tú termina con lo tuyo y yo veré que el libro se imprima y que tu porcentaje llegue a tu familia, si es que aún les llamas así. Y al final si tú aun lo quieres yo te puedo ayudar a terminar el viaje -

No dijo nada, solo asintió mientras veía como las facciones en el rostro del hombre perdían forma y se convertían en una masa indefinida. Al día siguiente alguien le tomó del brazo suavemente y lo condujo al cuarto de vecindad donde ahora se encuentra, a partir de ahí, al volver siempre encontraba en el mismo sitio, su dotación de supervivencia; al mismo tiempo, su obsesión de sentirse observado y perseguido creció justificadamente.



-Tú no entiendes, quizá no sientas nada por fuera y por eso quieres morir, si pudiera te cambiaría los papeles, tal vez sufras no sintiendo nada, pero créeme que nada es peor, que la impotencia de ver cómo te abandonas, mientras yo siento esa muerte por dentro. No sé qué te pasa, no lo deseo a nadie, pero dime, yo creo que aun puedes sentir ¿de dónde nacen las sensaciones? Tu piel está insensible, quizá muerta, pero mientras tu corazón no muera es el puente con el mundo, todo lo bueno viene desde dentro -

Sin importarle las quemaduras lo abrazó y rompió en sollozos, su cuerpo estaba herido, ese contacto debería doler, hacerlo gritar y retorcerse, pero no sintió nada, el lazo se ha roto ¿cómo seguir adelante?

Sin proponérselo su emoción se agitó y algunas lágrimas acompañaron a las de ella, que aún seguía prendida de su cuerpo

-No te vayas, si te vas me voy contigo-

La respiración lenta dio paso a esas bolsitas pequeñas llenas de aire invisible que llenan el pecho de quien está sintiendo congoja, desesperación o amor. Cerró los ojos y también la abrazó, quizá el amor sea esas luces que iluminan los ojos cerrados.



Abrió los ojos y tachó esa última línea, una sonrisa triste, caminó su rostro.

–Mira, que es tarde para esas mariconadas de arrepentimiento–

Encendió otro cigarro, bebió del fondo de la botella y se sentó en espera del sueño o del amanecer, ambos tardaron más de la cuenta.

–En verdad era linda esa manera de amarme y amanecer abrazados, cambiaría lo que me queda de hombre, por un poco de valor–

Los camiones se negaban a aparecer por la avenida con su serenata de motores; parece que esta noche no termina nunca.

–Ya son casi cinco años desde que... ella debe haber cumplido diez, seguramente ya no me recuerda. Sus manitas, esas con las que me despertaba a golpes suaves para jugar desde temprano, yo que nunca acepté a nadie tocarme mientras dormía, deben haber crecido bastante–.

Cierra los ojos y le viene una asfixia lenta y amarga, sube desde el estómago a la garganta. Un cigarro más. No hubiera soportado perderlas lentamente.

–Tal vez si se puedan mantener las sensaciones, tengo la memoria, los sueños, la tengo a ella, la tengo a ella...–

El desfile es el mismo, una larga fila de autómatas de carne o metal, a fin de cuentas, da lo mismo, pero hoy lo gris no le parecía tan frío. El aire aun le sabía a pasto.

Cuando nada te importa, eres realmente libre, sin nada que perder, los miedos se alejan sin dirigirte una mirada, pero ¿quién es libre en realidad? (pensó para sí).

Fue una noche tranquila, casi buena; llovió y salió a caminar, el frío murió con un poco de sol, pensaba que, esta vida no es tan mala, ya pasada la renunciación.

– ¡Papá! ¡Papito! ¿qué te pasó? –

– ¡Él no es tu papá!, te dije que papá está muerto, anda vamos a casa–

– ¡sí, es él! ¡sí, es él!, está sufriendo, míralo, déjame abrazarlo–

Ahora iba más rápido que todos los grises, ellos lo tiran, gritan, insultan, detienen sus motores para evitarlo, por primera vez, interfiere en su desfile. Todo le duele, pero no es ese cuerpo maltratado, ni la nula costumbre de correr como lo hizo. El dolor viene de otros sitios y es más fuerte que el dolor mismo. No entiende, en verdad no puede hacerlo. ¿Por qué esa vocecita le ha hecho tanto daño, si sólo era de otro rostro gris de la caravana?



–No debimos haberlo hecho, te lo pedí más de una vez, no quiero sexo, no por un tiempo, debo aprender a amarte con el cuerpo cerrado, ahora sé que no podré seguir, no somos solo piel, pero para mí eso es importante–

Me dijiste *–sin ti no puedo seguir*, si te vas me voy contigo-, no sé si fue amor resignado o mero chantaje, pero estoy seguro de que yo, sin ti, tampoco puedo seguir. No fue fácil conseguir la gasolina a esta hora, regarla por la habitación sin que el olor te despertara. Lo difícil fue volver a la cama, abrazarte, despedirte, cerrar los ojos y suspirar despacio. Fue imposible no llorar, arrepentirme, maldecir mi vida mientras te sujetaba, contener tu dolor, escuchar tu sufrimiento, mirar tu cuerpo desaparecer sin sentir nada por fuera, tenías razón, me quemé mil veces por dentro mientras nuestros ojos se apagaban.



Por la tarde al salir dejé esta nota, “mañana en la noche tu historia estará terminada, debes cumplir y terminar la mía”

Tenía miedo, sentía un gusto a culpa, pero era tarde para arrepentirse.

-Estarán mejor sin mí-

Había tomado mucho más de la cuenta, dormí tranquilo sin soñar ni sentir nada, le recorría la misma emoción de un niño, que espera un juguete de los reyes magos.

Le dolía la cabeza, era medio día, no estaba el final de la historia, tampoco había cigarrillos, alcohol ni comida. Pero si estaba el, creía que su cabeza sangraba.

Solo había una nota: “me gustó el final, ya lo sabía, a fin de cuentas, eres un cobarde y los cobardes merecen un trato igual”. Salí a buscarlo para exigirle que cumpliera lo acordado, pero ¿cómo?, si era sólo un rostro más, le dolía mucho la cabeza, la sangre seca impactaba a los paseantes, debió caerse de borracho, nunca le había dolido tanto.

Buscó un aparador para mirarse, la marea lo evitaba, en efecto era una herida grave, pero eso ya no importaba, se quedó mirando el débil reflejo, muy quieto y asombrado, por fin lo había conseguido, el espejo no devolvía vida. Sin decir nada, se incorporó a la fila, estaba perdido, solo le quedaba ese nuevo y reluciente rostro gris.

